

Gerald Durrell

# Bichos y demás parientes



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Birds, Beasts and Relatives*

Traducción de: María Luisa Balseiro

Primera edición: 1981

Tercera edición: 2010

Cuarta reimpresión: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Foto del autor: © Gettyimages

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Gerald Durrell, 1969

© de la traducción: María Luisa Balseiro

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1981, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

ISBN: 978-84-206-7421-6

Depósito legal: M. 28.861-2010

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## 11 Conversación

### PRIMERA parte: Perama

- 21 1. El bautismo
- 45 2. La ensenada de los olivos
- 71 3. Las selvas de arrayán

### SEGUNDA parte: Kontokali

- 103 4. La jungla en miniatura
- 127 5. Sepias y sellos
- 165 Entremés para espíritus
- 196 6. El tiovivo de la aceituna
- 221 7. Lechuzas y aristocracia

### TERCERA parte: Criseda

- 247 8. Erizos y lobos de mar
- 275 9. La cabeza parlante
- 300 10. Las cubas iracundas

### EPÍLOGO

- 323 Correo
- 327 Glosario de algunos nombres de animales citados en el texto



*A Teodoro Stefanides,  
por lo mucho que me ha hecho reír y  
aprender*



# Conversación

El invierno había sido crudo, y, aun después de que la primavera tomase teóricamente el relevo, los crocos –que parecían tener una fe enternecedora e inquebrantable en las estaciones– tenían que abrirse paso con decisión a través de una cascarita de nieve. El cielo, bajo y gris, amenazaba descargar otra nevada en el momento menos pensado, y alrededor de la casa rugía un viento cortante. Tomadas en conjunto, las condiciones meteorológicas no eran las más idóneas para una reunión familiar, y menos tratándose de mi familia.

Era una pena, pensaba yo, que, para ser aquélla la primera ocasión en que se congregaban en Inglaterra después de la Segunda Guerra Mundial, fueran agasajados con poco menos que un temporal de nieve. La situación no era la más propicia para que dieran lo mejor de sí mismos; estaban más irritables que de costumbre, más picajosos y menos dispuestos a prestar oídos com-

prensivos a todo punto de vista que no coincidiera con el propio.

Se apiñaban, cual manada de leones malhumorados, en torno a un fuego tan alto y vigoroso que la chimenea corría peligro inmediato de salir ardiendo. Mi hermana Margo acababa de alimentarlo por el sencillo procedimiento de traer a rastras del jardín la osamenta de un arbolito y embutir uno de sus extremos en la chimenea, dejando el resto del tronco atravesado sobre la estera. Mi madre tricotaba, pero por su expresión ligeramente ausente y por su manera de mover los labios de vez en cuando, como si rezara en silencio, se echaba de ver que lo que realmente ocupaba sus pensamientos era el menú del día siguiente. Mi hermano Leslie se ocultaba tras un gran manual de balística, y mi hermano mayor, Lawrence, de pie junto a la ventana y envuelto en un jersey de cuello vuelto como los que usan los pescadores (de varias tallas por encima de la suya), estornudaba con liquidez y regularidad en un hermoso pañuelo rojo.

—Verdaderamente, este país es horroroso —dijo volviéndose hacia nosotros con aire combativo, como si todos fuéramos directamente responsables de las condiciones climatológicas reinantes—. Con el primer pie que pones en Dover te cae encima una verdadera andanada de gérmenes catarrales. ¿Os dais cuenta de que es la primera vez que me constipo en doce años? Porque sencillamente tuve el buen sentido de no acercarme a la Isla del Pudding. Toda la gente que he visto hasta ahora está resfriada. La población entera de las Islas Británicas no parece hacer otra cosa, desde que empieza el año hasta que acaba, que arrastrar los pies en corrillos, estornu-



dando voluptuosamente en las narices del de enfrente..., una especie de tiovivo de reinfección. ¿Qué posibilidades de supervivencia le quedan a uno?

—Simplemente porque tú te has constipado, te pones como si fuera el fin del mundo —dijo Margo—. No entiendo por qué todos los hombres tenéis que ser tan quejicas.

Larry le dirigió una mirada mustia con sus ojos acuosos.

—Lo que os pasa a vosotros es que os gusta ser mártires. Nadie que no tuviera tendencias masoquistas aguantaría este... este paraíso de los virus. Os habéis estancado; *os encanta* rebozaros en este mar de infección. El que no haya visto otra cosa, pase; pero todos vosotros habéis conocido el sol de Grecia, y deberíais tener mejor gusto.

—Sí, querido —dijo Mamá apaciguadora—, pero es que tú has llegado en mal momento. Este país puede ser muy agradable; en primavera, por ejemplo.

Larry le lanzó una mirada asesina.

—Lamento mucho sacarte brutalmente de tu místico ensueño —dijo—, pero se supone que *esto* es la primavera..., ¡y observa! Haría falta un tronco de perros siberianos para salir a echar una carta.

—¡Total, por un centímetro de nieve! —relinchó Margo—. ¡Anda que no eres exagerado!

—Estoy de acuerdo con Larry —dijo Leslie, apareciendo de repente desde detrás de su libro—. Hace un frío que pela ahí afuera. No dan ganas de hacer nada. Ni siquiera se puede ir a cazar como Dios manda.

—Exactamente —dijo Larry triunfante—: mientras que en un país normal, como Grecia, estaríamos desayunan-

do al aire libre, y luego nos daríamos un chapuzón en el mar. Aquí me castañean tanto los dientes que hasta me cuesta trabajo tomar el desayuno.

–Podías no darnos tanto la lata con lo de Grecia –dijo Leslie–. Me recuerdas aquel libro siniestro de Gerry. Siglos tardé en rehacerme.

–¿Tú tardaste siglos? –dijo Larry cáusticamente–. ¿Y yo? No tienes ni idea del daño que aquella caricatura dickensiana hizo a mi imagen literaria.

–Sí, pero, a juzgar por lo que ponía de mí, se diría que no pensaba en otra cosa que en escopetas y botes –dijo Leslie.

–Es que nunca piensas en otra cosa que en escopetas y botes.

–Yo fui la peor tratada –dijo Margo–. No hacía más que hablar de mi acné.

–A mí me pareció un retrato fiel de todos vosotros –dijo Mamá–, pero yo aparecía como una *idiota integral*.

–A mí no me importaría verme satirizado en prosa bien escrita –señaló Larry mientras se sonaba con energía–, pero lo que no se puede aguantar es que te satiricen en mal inglés.

–Ya sólo el título era insultante –dijo Margo–: *¡Mi familia y otros animales!* Estoy hasta el moño de que me pregunten: «Y tú, ¿cuál eres de los otros animales?».

–Yo el título lo encontré bastante gracioso, querida –dijo Mamá–. Lo que me pareció es que no había aprovechado las mejores historias.

–Sí, estoy de acuerdo –dijo Leslie.

–¿Qué historias? –preguntó Larry receloso.

–Pues, por ejemplo, lo de aquella vez que bordeaste toda la isla en el yate de Max. Fue divertidísimo.

–Es que, si llega a poner esa historia en letra impresa, le demando.

–No veo por qué. Fue muy divertido –dijo Margo.

–¿Y cuando a ti te dio por el espiritismo? Suponte que hubiera contado eso. Te habría hecho *mucha gracia*, ¿no? –inquirió Larry cáusticamente.

–No, ninguna... ¡no habría sido capaz de hacerlo! –dijo Margo con horror.

–Pues ahí está –dijo Larry triunfante–. ¿Y qué me decís del juicio de Leslie?

–No veo razón para que me metas en el asunto –dijo Leslie.

–Tú eres el que ha salido diciendo que no utilizó las mejores anécdotas –señaló Larry.

–Sí, ya no me acordaba yo de esas historias –dijo Mamá risueña–. Yo creo que eran más divertidas que las que escogiste, Gerry.

–Me alegro de que lo pienses –dije yo pensativo.

–¿Por qué? –preguntó Larry, taladrándome con la mirada.

–Porque he decidido escribir otro libro sobre Corfú y usar todas esas historias –expliqué con candor.

El alboroto fue inmediato.

–¡Te lo prohíbo! –rugió Larry, estornudando con violencia–. ¡Te lo prohíbo terminantemente!

–¡Tú no escribes sobre mi espiritismo! –chilló Margo–. Mamá, dile que no puede escribir sobre eso.

–Ni sobre mi juicio –bramó Leslie–. No pienso permitirlo.

–Y como se te ocurra nombrar siquiera los yates... –empezó Larry.

–Larry, hijo, haz el favor de no dar voces –dijo Mamá.  
–¡Pues prohíbele escribir una segunda parte! –gritó él.  
–No digas tonterías, hijo; yo no puedo impedírselo.  
–¿Quieres verte otra vez en las mismas situaciones?  
–preguntó Larry con voz ronca–. ¿Que te escriban del banco pidiéndote que tengas la amabilidad de saldar el descubierto, que los tenderos te miren con desconfianza, que te dejen en la puerta paquetes anónimos llenos de camisas de fuerza, que todos los parientes te retiren el saludo? Mamá, tú eres el cabeza de familia...: no dejes que lo escriba.

–Exageras, querido –dijo Mamá–. En cualquier caso, si quiere escribirlo yo no puedo detenerle. No creo que con ello haga ningún daño, y en mi opinión esas historias son las mejores. No veo razón para que no escriba una segunda parte.

Pusiéronse en pie mis hermanos como un solo hombre, y ruidosa y vociferantemente le explicaron por qué no debía hacerlo. Yo esperé a que el tumulto se apagara, y entonces dije:

–Y aparte de esas historias, hay muchísimas otras.

–¿Cuáles, querido?– quiso saber Mamá.

Mis hermanos, congestionados y furiosos, callaron para clavar en mí sus miradas expectantes.

–Pues me gustaría dar una descripción –dije muy serio– de tu romance con el capitán Creech, Mamá.

–¿Quéé? –chilló Mamá–. ¡Ni se te ocurra...! ¡Romance, dice! ¡Con aquel viejo asqueroso! ¡No te permito que escribas sobre *aquello!*

–Pues yo diría que es la mejor historia de todas –dijo Larry untuoso–: la vibrante pasión del idilio, el dulce y

arcaico encanto del galán..., tu manera de engolosinar a aquel pobre hombre...

–¡Cállate, Larry! –dijo Mamá enfadada–. Me pones de mal humor cuando hablas así. Me parece que no es buena idea hacer ese libro, Gerry.

–Secundo la moción –dijo Larry–. Si lo publicas te demandaremos en bloque.

Enfrentado a una familia tan firme y unida, enardecida en su resolución de detenerme a cualquier precio, sólo podía hacer una cosa: sentarme a escribir este libro.

Escribir algo de este tipo encierra muchas trampas peligrosas para el autor. Sus lectores nuevos no quieren que se les irrite con continuas alusiones a un libro anterior que no han leído, y los que leyeron el libro anterior no quieren que se les irrite con la repetición constante de cosas que ya conocen. Espero haber logrado mantener un rumbo equidistante entre esas dos posibilidades.



Primera parte  
Perama

*Crecen aquí árboles magníficos de fresca  
sombra: peral, granado, manzano de  
espléndidas pomas, dulces higueras y  
floridos olivos, que nunca dejan de dar  
fruto, ni en invierno ni en verano,  
desnudos, porque el céfiro, soplando de  
continuo, a unos hace brotar y madura  
otros. Pera sigue a pera, manzana tras  
manzana crece, higo tras higo, y a la uva  
suceden nuevas uvas.*

Homero





# 1. El bautismo

La isla se extiende frente a las costas de Albania y Grecia como una larga cimitarra mordida por la herrumbre. La empuñadura es la región montañosa, pedregosa y yerma en su mayor parte, con imponentes peñascos que frecuentan el roquero solitario y el halcón peregrino. Sin embargo, en los valles de esta región escarpada, donde el agua mana abundantemente de las rocas rojas y doradas, hay bosques de almendros y nogales que dan sombra fresca como un pozo, batallones espesos de cipreses como lanzas, e higueras de plateado tronco y hojas del tamaño de fuentes de mesa. La hoja de la cimitarra la forman ondulados edredones verde-plata de olivos gigantescos, algunos se dice que más de cinco veces centenarios, y cada uno irrepitible en su estampa artrítica y encogida, acribillado el tronco por cien agujeros como una piedra pómez. Ya hacia la punta de la hoja está Lefkimi, con dunas centelleantes que hacen daño a la vista,

y extensas marismas ornadas de hectáreas de bambúes que crujen y susurran y bisbisean subrepticamente. La isla se llama Corfú.

En aquel mes de agosto en que llegamos yacía sofocada y aletargada en medio de un mar hirviente, de color azul pavo real, bajo un cielo desteñido por el fiero sol. Nuestras razones para liar el petate y abandonar el sombrío litoral inglés eran un tanto nebulosas, pero más o menos respondían a un hartazgo de la deprimente vulgaridad de la vida en Inglaterra y del penoso y desagradable clima acompañante. Huimos, pues, a Corfú, con la esperanza de que el sol de Grecia nos curase de la inercia mental y física que tan larga permanencia en Inglaterra nos había metido dentro. Muy poco tiempo después de desembarcar teníamos ya nuestra primera villa y nuestro primer amigo en la isla.

El amigo era Spiro, un hombre barrileco de andares de pato, con unas manazas poderosas y un ceño permanente en el rostro atezado y coriáceo. Había llegado a un dominio extraño pero suficiente de la lengua inglesa y era propietario de un Dodge antiguo que usaba como taxi. Pronto descubrimos que Spiro, como casi todos los personajes de Corfú, era único. No había nadie, al parecer, a quien Spiro no conociera, ni nada que no fuera capaz de conseguir o solucionar. A toda petición de la familia, por descabellada que fuera, respondía con las mismas palabras: «No se preocupes. Yo me encargo». Y ya lo creo que se encargaba. La primera demostración fehaciente de su capacidad fue la adquisición de nuestra villa, porque Mamá se había empeñado en que teníamos que tener cuarto de baño, y en Corfú escaseaba tan nece-

sario accesorio de la vida saludable. Pero huelga decir que Spiro sabía de una villa con baño, y en seguida, tras mucho gritar y rugir, gesticular, sudar y anadear de acá para allá con brazadas de nuestros bienes y enseres, nos dejó tranquilamente instalados. Desde ese momento dejó de ser un mero taxista contratado para convertirse en nuestro mentor, filósofo y amigo.

La villa que Spiro había encontrado, de forma semejante a la de un ladrillo, era de un color rosa fuerte de fresa machacada, con contraventanas verdes. Agazapada en medio de un catedralicio olivar que descendía por la falda del monte hasta el mar, estaba rodeada de un jardín del tamaño de un pañuelo de bolsillo, con arriates trazados con esa exactitud geométrica tan cara a las gentes de la época victoriana, y todo él protegido por un alto y espeso seto de fucsias que emitía misteriosos susurros pajariles. Viniendo como veníamos de muchos años de tortura en la frialdad gris de Inglaterra, aquel sol y los brillantes colores y olores que hacía brotar produjeron sobre todos nosotros el mismo efecto que un buen trago de vino cabezudo.

A cada miembro de la familia le afectó de manera distinta. Larry vagaba sin rumbo, sumido en una especie de trance, recitando periódicamente largas estrofas de poesía a Mamá, que o no le escuchaba o decía «Es muy bonito, hijo» distraídamente. Ella, alucinada por la diversidad de frutas y verduras que veía a su alcance, pasaba casi todo su tiempo encerrada en la cocina, preparando menús complicados y deliciosos para todas las comidas. Margo, convencida de que el sol obraría sobre su acné el efecto que hasta entonces no habían logrado todas las

pastillas y pócimas de la farmacopea mundial, se entregaba con ahínco a los baños de sol en los olivares, y en consecuencia sufrió graves quemaduras. Leslie descubrió con deleite que en Grecia se podían comprar armas letales sin licencia, por lo que continuamente desaparecía camino del pueblo y volvía cargado de un surtido de armas de caza que abarcaba desde antiguos ejemplares turcos de carga por la boca hasta revólveres y escopetas. Su insistencia en practicar con cada nueva adquisición dejaba nuestros nervios un tanto maltrechos; como Larry observó no sin amargura, venía a ser como vivir en una villa sitiada por fuerzas revolucionarias.

El jardín, durante largo tiempo descuidado, era una selva espesa de flores y hierbas desmandadas donde corría, chillaba, susurraba y saltaba un multicolor tiovivo de insectos, y fue, por lo tanto, lo que captó inmediatamente mi atención.

Por lujosos que hubieran sido nuestros diversos jardines de Inglaterra, nunca me habían suministrado semejante diversidad de animales. Me vi presa de una curiosísima sensación de irrealidad. Era algo así como nacer por primera vez. Aquella luz brillante y fina permitía apreciar el verdadero bermellón del élitro de la mariquita, el magnífico chocolate y ámbar de la tijereta y el ágata oscuro y bruñido de las hormigas. Más aún, me regalaba la vista con una cantidad deslumbrante de seres para mí desconocidos: las grandes y peludas abejas carpinteras, como osos de peluche color azul eléctrico, que merodeaban de flor en flor zumbando bajito; las mariposas macaón, amarillo azufre con franjas negras, vestidas de elegante chaqué, que pirueteando arriba y abajo del seto de

fucsias bailaban complicados minués en parejas; y las mariposas esfinge, que, suspendidas delante de las flores sobre un revuelo de alas, iban probando cada capullo con sus probóscides largas y delicadas.

Sufría yo de una ignorancia supina en todo lo relativo a aquellos animales, incluso al nivel más elemental, y no tenía libros que me orientasen. Mi único recurso era contemplar sus actividades en el jardín o capturarlos para estudiarlos más detenidamente de primera mano. Muy pronto tuve mi dormitorio atestado de tarros de mermelada y latas de galletas que albergaban las presas encontradas en el jardincito. Había que meterlas en casa de tapadillo, porque la familia, con la posible excepción de Mamá, veía la introducción de aquella fauna en la villa con considerable inquietud.

Cada día radiante traía consigo nuevos enigmas de comportamiento que hacían más patente mi ignorancia. Uno de los animales que más me intrigaban e irritaban era el escarabajo pelotero. Tumbado tripa abajo, con mi perro Roger al lado, que sentado parecía una jadeante montaña de rizos negros, contemplaba cómo dos relucientes escarabajos negros, cada uno con un cuerno de rinoceronte de delicada curvatura en la cabeza, hacían rodar entre los dos, con absoluta dedicación a la tarea, una bola de caca de vaca perfectamente formada. En primer lugar, me habría gustado saber cómo se las arreglaban para hacer una bola tan bien acabada y tan redonda. Mis propios experimentos con barro y plastelina me habían enseñado que era difícilísimo conseguir una bola absolutamente esférica, por más que frotaras y manipularas el material, y sin embargo aquellos escarabajos, sin